

Prefacio.

Comentario menor

Rodrigo Karmy Bolton

¿Qué es la *Italian Theory*? La noción misma porta consigo un equívoco porque no se trata de una “teoría” en el sentido de una contemplación universal del mundo por parte de un filósofo, sino la medida de una sensibilidad de fuerzas, atmósfera de singularidades que lanzan a todo *nomos* de la Tierra fuera de sí. Por eso, el término “Italian” no puede designar un pensamiento inscrito en algún cuerpo nacional o cartografía imaginaria donde mapas y conquistas van de la mano; más bien, define una suerte de topología de las formas de vida, un lugar que no tiene sitio ahí donde se enuncia, pero que configura los contornos de lo que alguna vez Negri denominó la *diferencia italiana*. Nada más equívoco que la designación *Italian Theory* para definir un pensamiento que no tiene raigambre nacional y que tampoco se presenta como una teoría. Si no es ni una teoría, ni una representación de un cuerpo nacional, la *Italian Theory* no sería más que la *irrupción intempestiva del pensamiento*. En el momento en que nuestros términos de referencia, los lugares comunes que permean el sistema categorial de la filosofía, experimentan su implosión, la *Italian Theory* irrumpe con su diferencia y ofrece —cual don— otras (im)posibilidades de pensamiento. En cuanto a irrupción, no se deja domesticar en la forma “sistema” ni tampoco en el modo de un “tratado”.

Más bien, diremos, la *Italian Theory* deviene a la luz de la signatura de una práctica de pensamiento muy precisa que fue decisiva en la Edad Media latina: el comentario. Los pensadores italianos (Giorgio Agamben, Giacomo Marramao, Carlo Galli —que

son parte de estas conversaciones—, pero también aquellos que no están incluidos en este volumen, como Antonio Negri, Remo Bodei, Elettra Stimilli, entre otros) básicamente “comentan” y dan curso al devenir menor del pensamiento que ha podido desajustar el lugar metafísico del sujeto. En sus diferentes publicaciones, estos pensadores se miden con otros, ofreciendo en cada libro un verdadero campo de tensión en el que la voz de quien comenta deviene indistinguible de quien es comentado. Si la *diferencia italiana* no es otra cosa que la irrupción intempestiva del pensamiento, es precisamente porque en ella se juega la práctica minorizada del comentario como el movimiento del pensar más decisivo de la filosofía. Solo en él puede existir una verdadera interlocución, pues solo en él se experimenta una contracción entre el pasado y el presente, en la que las voces de ayer se convocan para interpelar al presente. Como un pequeño dispositivo telepático por el cual los inteligibles del pasado pueden irrumpir en la escena del presente, el “comentario” asume que la práctica filosófica solo puede devenir tal si es a partir de una experiencia del encuentro, de un diálogo en el que se mantenga incólume la fiereza del pensamiento.

No hay pensamiento sin interlocución —sostiene Alberto Moreiras—, como ha citado Gerardo Muñoz en el Posfacio que sigue a estas conversaciones. Justamente, a contrapelo de la máquina universitaria que insiste en cartografiar identitariamente los diversos plexos del pensamiento (es decir, a poner *checkpoints* y fronteras diversas), la *Italian Theory* abre una topología de los usos libres del pensamiento, tejiendo su devenir como la antigua práctica del *comentario* con la que el averroísmo —esa *ilustración menor*— impugnó la vocación policial (teológica) de la Edad Media latina. En cuanto es práctica de la interlocución, el comentario hace del pensamiento una experiencia necesariamente común. En ella *todos podemos devenir pensadores*, en ella *todos pensamos telepáticamente* porque el pensamiento no es un *cogito* que pertenezca a un hombre devenido sujeto en particular, sino una potencia única e impersonal que nos atraviesa de manera múltiple. El conjunto de estos coloquios que nos ofrece Gerardo Muñoz puede ser visto como la mejor expresión de la irrupción de la *diferencia italiana*; en ellos, lo único que deviene objeto del *comentario* es nada

más y nada menos que la intensidad del presente, ahí donde este atestigua la ruina de la política e irrumpe en una oscuridad que, lejos de ser una crisis que pueda solucionarse en algún momento, parece asomar como un verdadero cambio de época en el que el pensamiento vuelve a irrumpir como la *infancia* de la humanidad: *ilustración menor* o *averroísmo* que, como un niño a la intemperie, nos invita a pensar —imaginar— en la espesa sombra de una catástrofe.